



También de Atienza trató de llevarse al Museo Diocesano, don Laureano Castán Lacoma, algunas de las piezas más significativas de sus iglesias. No debió de poner mucho interés, o debió de ver que las fuerzas principales de la villa se resistían, puesto que siguieron donde estaban. A pesar de que incluso se estudió el desmonte y montaje posterior en el Museo seguntino, de una de las piezas arquitectónicas más significativas del arte religioso del periodo románico atencino, la portada íntegra de la iglesia de Santa María del Rey, como algunas piezas arquitectónicas de otras iglesias emprendieron el camino de Sigüenza.

Fue por entonces, mediada la década de 1960, cuando algunos párrocos de los pueblos de la diócesis se dispusieron a velar armas por el patrimonio religioso de sus parroquias. En evitación de que lo que fue del pueblo saliese de él. Y tratar de librarlo al mismo tiempo de una oleada de rapiña mundana que recorrió la España de esa década, y posteriores. Obras religiosas, retablos, orfebrería y sólo Dios sabe cuántas piezas más, desaparecieron de sus lugares de origen y aparecieron después en tiendas de antiguallas o en manos particulares. Del saqueo no se vieron libres las manos de gentes de buena situación, párrocos o sacristanes, alcaldes o simples pregoneros que sucumbieron a la codicia del anticuario que a cambio de unas pocas pesetas se llevó la pieza deseada.

Atienza albergaba entonces un importante legado, otro no menos significativo se perdió por el camino de los siglos, cuando llegó a la villa, por 1966/67, quien comenzó a catalogar las piezas de arte de las iglesias atencinas, el párroco –natural de Angón–, Lucas de la Villa Llorente. A él se debió el primer catálogo y, quizá, la primera resistencia a que algunas piezas de arte saliesen de Atienza y fuesen pilar de futuros museos. A iniciativa suya se fundaría la “Junta Parroquial de Obras”, presidida por el propio párroco, para velar por ello y los intereses de las parroquias atencinas. Le acompañaban como vocales don Julián Ortega –alcalde entonces–, seguido de lo que en aquellos tiempos se llamó “gentes de calidad” de la villa: D. Ángel López, D. Manuel Martín; D. Félix Pérez; D. Pedro Somolinos, D. Eugenio Gonzalo y D. Mariano Cabellos, y se nombró secretario a D. Jesús Peces, con facultad para reunirse siempre que fuese oportuno.